



GIACOMO LEOPARDI  
Las pasiones

Edición de  
Fabiana Cacciapuoti  
Epilogo y traducción de  
Antonio Colinas

Siruela

## ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Introducción Fabiana Cacciapuoti

Las Pasiones

Epílogo Antonio Colinas

Apéndice

Notas

Créditos

## Introducción

El hombre perfectamente moderno, apenas siente nunca pasiones que le hagan mirar hacia fuera o que lo recluyan en su interior, sino que casi todas sus pasiones se mantienen, por así decirlo, en el centro de su ánimo; lo cual quiere decir que no le conmueven sino de una manera mediocre, permitiéndole el libre ejercicio de todas sus facultades naturales, costumbres, etc. De tal manera que la mayor parte de su vida transcurre en la indiferencia y, en consecuencia, en el tedio, estando desprovisto de fuertes y extraordinarias pasiones (*Zib.*, 266, 1)

El tema de las pasiones predomina en el *Zibaldone* de Giacomo Leopardi. El enorme volumen de anotaciones y de textos escritos entre 1817 y 1832 está permanentemente presente en él, hasta el punto de constituir una especie de hilo conductor. No se trata tampoco de un interés implícito, si bien es cierto que el autor sintió la necesidad de reconducir, en un cierto momento de su trabajo, un verdadero y propio índice de todos los fragmentos de sus apuntes recogidos bajo la expresión «Tratado de las pasiones». Expresión, esta última, reveladora de una intención sistemática y programática en torno a aquello que era considerado por el autor como uno de los puntos cardinales del conjunto de su reflexión.

Sistematizar esos materiales fue algo que nunca llevó a término, al igual que ninguno de los otros planteamientos

temáticos proyectados por Leopardi en relación con el *Zibaldone*. Por lo demás, el completo borrador de las anotaciones leopardianas permanecería inédito hasta que, después de la muerte del autor, una iniciativa de Giosuè Carducci patrocinase –entre 1898 y 1900– su publicación.

Oportunamente se ha venido observando que las páginas de los originales muestran una constante oscilación, una tensión «entre fragmento y sistema», entre la desordenada necesidad de liberar a las reflexiones y a los análisis más variados, y a la aspiración a un orden, más que al contenido que continuamente se manifiesta, para luego ser a su vez refutada por una especie de inminente imposibilidad.

Por tanto, sin poder asumir la forma de una obra acabada, el conjunto de los textos registrados por Leopardi bajo la palabra «pasiones» –íntegramente recogido aquí según el plan establecido por el autor– indica un preciso y consabido *plan*.

Protagonista absoluto de estas páginas es el hombre moderno: un hombre que vive sus pasiones con una baja intensidad, extraviado entre la indiferencia y el aburrimiento, firme en el umbral de un tibio obrar y al que no le resulta desconocida la consistencia de lo proyectado, negado por el ímpetu del deseo.

Un ser mediocre, incapaz hasta el extremo de remover aquellas emociones y sentimientos que determinan el comportamiento.

La dinámica de las pulsiones –esenciales en la formación de una personalidad y la consecuente acción del individuo– se contrapone en la época moderna a una relación con la

naturaleza profundamente diversa respecto a la vivida por los antiguos. Las características típicas del hombre «natural» –la posibilidad de comunicación, la ligereza en el decir, la exuberancia en el gesto, la dificultad para contener la alegría, el dolor o la ira– han dejado de hecho, lentamente, paso al silencio, a la contención solipsista, al dominio de la mente sobre el corazón, hasta alcanzar un profundo olvido de sí mismo y de las cosas, que es la causa de la frialdad, la enfermedad y la muerte.

En la línea de esta diferencia, el texto leopardiano consiente una serie de direcciones interpretativas: autoanálisis, atención antropológica y observación moral pueden ser considerados como otros tantos puntos de observación escogidos por el autor para examinar las emociones y su influencia sobre el comportamiento del hombre.

Por ser propio del autoanálisis, adquiere importancia la comprensión del juego de las pasiones, que en el mundo moderno pierden cualquier valor moral para acabar siendo útiles esencialmente para la construcción de máscaras de comportamiento necesarias para la simulación exigida por el maquiavelismo que impone la vida social. Y, frente a la máscara, la esencia se anula: lejos de la virtud, apartado de la naturaleza, el hombre ya no se conoce a sí mismo, confunde la comedia con la verdad, perdiendo cada vez más el contacto con su vida profunda, en la que, al menos, las pasiones encuentran su lugar. En una época de «naturaleza a medias» –así define Leopardi la modernidad– la vida de las pasiones es débil, a mitad de camino entre el impulso externo y la reclusión interior del ánimo, y es así porque la

costumbre de dominar la emoción produce, a fin de cuentas, una especie de debilitamiento de los sentimientos.

La modernidad genera, pues, pasiones débiles que afectan a sujetos frágiles. Sujetos habituados a vivir en un espacio crepuscular, lejos de la acción, que es la que decide y elige, huyendo de la responsabilidad y, por tanto, del comportamiento ético, excesivamente atentos a sí mismos, a los propios malestares, al propio cuerpo. Con frecuencia, este último es considerado únicamente como el lugar de la enfermedad, como la sede de los tortuosos senderos por los que la mente se aventura, perdiéndose –casi sin darse cuenta de ello– en laberintos en los que el pensamiento acaba siendo un riesgo mortal; y es así cuando aflora la obsesión, la repetición incesante. Atropellado por la carcoma del razonamiento, el cuerpo cede, impidiendo con su debilidad cualquier forma de vigor y cualquier tipo de acción.

A contraluz, se perfila de manera especular el retrato del hombre antiguo, cuya fuerza física y moral nacía precisamente de formar él mismo parte de la naturaleza, no escindido y extraviado, sino fortalecido por la armonía entre cuerpo y mente, y por aquel vigor que garantizaba la virilidad de las pasiones.

Es necesario un cuerpo adecuado para vivir las pasiones, para saber amar, odiar, combatir con ira, matar, desesperarse y llorar.

Son necesarias las pasiones para vivir y para saber aceptar la muerte como parte integrante de la vida, sin miedo, simplemente, como si se escuchase el propio deseo y se llevase a cabo en un tiempo enriquecido del pasado y tendido hacia un futuro implícito en aquel momento presente

en el cual sólo se puede dar la plenitud. Incluso el suicidio requiere pasión para el hombre natural de la antigüedad. Por el contrario, para el hombre moderno ni siquiera el suicidio es un hecho natural; es más, se trata de un producto extremo de la razón, su hijo, y consecuencia de la reflexión.

No es casual que, en estas páginas, Leopardi escoja a Dido como ejemplo de suicidio provocado por un impulso pasional, como afirmación por tanto de la naturaleza y como símbolo de la oposición al Hado. Aun así, al hablar precisamente de Dido, Leopardi se apoya en aquella especie de placer sutil que la desesperación representa, reconocida como parte esencial del sentir contemporáneo, cuando se complace con la propia infelicidad.

El mantenerse en el límite entre lo antiguo y lo moderno es una de las características del discurso leopardiano sobre las pasiones, precisamente porque el autor trabaja con la contraposición, en un continuo ir y venir entre pasado y presente, casi con el fin de mostrar la fractura entre la sensibilidad y la indiferencia, la empatía y la frialdad, la vitalidad y la introversión, sabiendo bien que tales dicotomías son muy suyas.

Sujeto escindido, consciente de la imposibilidad de retornar a una naturaleza que sólo en armonía habría podido garantizar la originaria identidad de los individuos, Leopardi atribuye a la quiebra del paradigma natural el desarraigo que caracteriza al hombre contemporáneo, arrojado a la existencia por casualidad, sin otro fin que lo identifique y sin un sentido que dé valor a su vida.

Sin embargo, la pregunta esencial no se plantea en el *Tratado de las pasiones*, ya que Leopardi, sabiendo bien

que en su época no existe aún una ciencia de los sentimientos –definida todavía por él mismo como «niña»– procura dar con una válida para la modernidad; pero esta historia de las pasiones modernas no puede conformarse sin la consideración del desequilibrio que se ha instaurado entre naturaleza y civilización, pasión y razón.

Describir el papel y, por así decirlo, la fisonomía de las pasiones significa de hecho tener en cuenta este desequilibrio, la modificación importante que impide al hombre una naturalidad supuesta, en el mismo tiempo en el que se sitúa en el espacio de una civilización cuyo imprevisible exceso se refleja de inmediato sobre sus emociones, sus sentimientos, su sensibilidad.

El amor, por ejemplo, cambia en proporción con el cambio de la civilización. En el mundo moderno se asiste, escribe Leopardi, a un proceso continuo y veloz de la «espiritualización» de las cosas. La realidad pasa de la concreción propia de la percepción del mundo antiguo a una nueva forma de sentir, que hoy definiríamos como virtual. Es la derrota del cuerpo, la victoria de la mente y de todo cuanto a ella se refiere. De esta manera, el amor pasa de ser una pasión material y propia de los animales y de los zafios a algo absolutamente espiritual.

No se le escapa a Leopardi que en esta mutación la imaginación adquiere un mayor poder, convirtiéndose en el presupuesto para mantener vivo el deseo en la continua tensión hacia la posesión del objeto; pero precisamente la postura interior que caracteriza al amor y que favorece el sentido de la vaguedad, de la que nace el placer, puede inhibir las emociones. Una excesiva espiritualidad se tradu-

ce entonces en una incapacidad expresiva y en el envilecimiento del cuerpo, que tan sólo resulta útil para el ejercicio de la mente.

Y, como el amor, también el resto de las pasiones se transforman: amistad, odio, venganza, envidia, gratitud, compasión, temor y esperanza, miedo, espanto, terror, pánico. Para cada una de ellas, Leopardi sabe reconocer el núcleo esencial, impermeable a cualquier influencia social, como la parte, por así decirlo, móvil, fluida, expuesta al cambio.

Esencial, por ejemplo, es la imposibilidad de amistad entre quienes son coetáneos, a causa del afán de competencia que los divide; o la dificultad de sentir gratitud, el placer de la venganza, la fuerza de la envidia, la cual, junto al odio, domina en formas diversas la sociedad; o el egoísmo, garante de la conservación de la especie. Y, esencial, el miedo.

No es casualidad que la escritura leopardiana utilice el autoanálisis para construir luego el discurso sobre cada una de las pasiones: el propio tormento, la dificultad en las relaciones con el mundo, las diversas formas de la evasión mental y del aislamiento físico, consienten de hecho al autor valorar antes en sí mismo que en los demás el ejercicio de las pasiones, y al mismo tiempo examinar en ellas las transformaciones de la «sociedad estricta» que una excesiva civilización ha determinado.

Un significativo ejemplo de esta relación entre mirada interior y capitulación analítica está constituido por las reflexiones en torno a las diversas formas del miedo: por todos los grados del miedo, desde el temor al pánico hasta el es-

panto y el terror. Muestran cómo Leopardi conoce cada aspecto de estas emociones, y cómo incluso el valor, que al temor se contrapone, es por él interpretado según un criterio personal que muestra una pasión por el hombre débil antes que por el fuerte. Leopardi determina de hecho dos tipos de valores opuestos; uno que nace de la reflexión y otro de la irreflexión; pues bien, la primera forma de valor más allá de cualquier esfuerzo es débil, incierta respecto a la segunda.

El hombre reflexivo nunca tendrá la fuerza y la audacia de aquel que no se deja dominar por el pensamiento, sino que obra por instinto. A este hombre, frágil e inseguro, le será necesario tener a una persona como referencia, alguien de quien fiarse. Leopardi, significativamente, muestra el ejemplo del padre, al que él miraba al sentir el temor, para comprender si había razón o no para sentir miedo, como si él no se encontrase en situación de comprender por sí mismo la situación en la que se encontraba; la postura de Monaldo le proporcionaba tal seguridad que, una vez alejado de él, el poeta se daba cuenta de la necesidad de refugiarse todavía en la figura paterna, puesta de manifiesto en la actitud del capitán capaz de infundir firmeza de ánimo a sus propios soldados.

Cualquier consideración sobre el comportamiento de la persona moderna nace, pues, de la valoración precedente del sí mismo, desde el reencuentro –bien por asimilación, bien por diferencia– del propio modo de ser respecto a la persona de la antigüedad y respecto a la del hombre contemporáneo. Leopardi se encuentra en el umbral: perdido entre la tensión hacia el antiguo paradigma, al que lo apro-

xima la búsqueda de la gloria, del amor, de la virtud, de aquellas ilusiones que por sí mismas llenan de pleno sentido a la vida y sin las cuales nada queda sino la desertificación del sentimiento y la aridez de lo verdadero; así como la consciencia de ser uno de los modernos oprimidos por un sentido de culpa que, con frecuencia, se traduce en un sentimiento de abyección y, por tanto, en la destrucción del amor propio, causa, en quien es más sensible que los demás, del odio hacia sí mismo.

Amor propio y sensibilidad constituyen dos llaves para acceder al modo moderno de vivir las pasiones. A través del análisis del amor propio, se conoce al mismo tiempo el drama del ánimo del poeta y el de aquellos hombres, como él, particularmente sensibles, que salen derrotados de las pruebas a las que les somete un mundo dominado por el egoísmo y por los egos hipertróficos que forman y devoran a la sociedad, donde impera la lógica del «sí mismo» y no del proyecto común.

Incluso el sentimiento que Leopardi considera exento de cualquier forma de egoísmo, es decir, la compasión, asume luego matices de significación que lo reconducen a la raíz ególatra del amor propio; y esto sucede cuando el hombre que siente compasión por un desventurado virtuoso se complace casi consigo mismo de su sentimiento; porque, sin sacrificar nada, alcanza el conocimiento del propio heroísmo y de la propia nobleza de ánimo. La compasión se presenta entonces como una serpiente que se desanuda hasta alcanzar el objeto de compadecer, para replegarse después sobre sí en un movimiento sinuoso e hipócrita, con el que Leopardi identifica aquel narcisismo implícito en ca-

da acto demasiado altruista; el cual puede esconder luego un egoísmo feroz, que con frecuencia puede confundirse con el amor propio, o significar la necesidad de rellenar un sí completamente vacío.

El aumento del egoísmo se corresponde con el fin de las ilusiones, que desaparecen del mundo de manera progresiva.

El hombre sensible es entonces condenado en la medida en que no encontrará «pasto»; entendido éste como alimento para su ánimo y, en consecuencia, acabará mortificado y envilecido su amor propio. En este envilecimiento – que se manifiesta, sobre todo, después de largas y reiteradas desventuras, es decir, en el tiempo y en la repetición incesante del dolor– reside la causa de la muerte del alma.

Recubierta la sensibilidad con una especie de «callo», el hombre habituado tras largo sufrimiento a no cuidarse de sí mismo, y a no amarse, no sentirá ya nada lentamente, ni el dolor, ni el amor: ningún sentimiento penetrará jamás en su corazón, endurecido ante la defensa o la debilidad. La suya será entonces una desesperación completamente moderna, muy alejada de aquella sanguinaria y frenética del sujeto antiguo: una desesperación tranquila, plácida, resignada, que impulsa al hombre a temer la pérdida, ante cualquier novedad, de aquel reposo, de aquella quietud, de aquel «sueño» con el que finalmente su ánimo se ha «adormecido y recogido, y casi agazapado».

El amor propio, que Leopardi contempla infinito como la materia, constituye el centro de su meditación sobre las pasiones, precisamente porque significa indiferencia e inacción; o, por el contrario, acción y amor hacia los demás y

atención hacia las cosas que tornan válida la vida. Se trata de situaciones provocadas por el diverso grado de amor hacia nosotros mismos: un amor excesivo puede acabar en un egoísmo que cierra a los demás cualquier posibilidad; por el contrario, un amor equilibrado genera cuidados y afectos, mientras el sentido de abyección, de culpa, o la falta de fe, pueden causar apatía, inmovilidad, el «hábito» de quietud y de resignación constantes, de desesperación tan poco sensible que pueda anular cualquier dolor nuevo.

El nexo entre sensibilidad y amor propio es entonces fundamental para estudiar algunas derivaciones psicológicas, como el sentido de culpa, el límite ambiguo entre culpable e inocente. La culpa a la que Leopardi se refiere es un sentimiento absolutamente moderno cuando es interpretada como causada directamente por el sujeto que la aprueba: el vacío del cielo abandonado por los dioses, la muerte de Dios, son factores que reconducen en el hombre la responsabilidad absoluta, del bien, del mal y del error, pero sobre todo de la infelicidad. Y la culpa de la infelicidad no puede ser perdonada, especialmente si el que la sufre es un hombre magnánimo.

Se perfila así un panorama en el que la lucha contra el Hado, la oposición a la necesidad, corresponde al que tiene grandeza de ánimo, porque, a diferencia de la de los mediocres, sólo el alma grande no cede. La renuencia es sin embargo causa de infelicidad, de odio hacia sí mismo, en la medida en que el hombre moderno, dividido y alejado de la naturaleza, no puede reconocer ni causalidad, ni destino, ni fuerza ni influencia alguna de necesidad personificada a la cual entregarse, como por el contrario posible-

mente le sucedía al hombre antiguo y natural. Pero dirigir un odio feroz hacia sí mismo implica predeterminar al enemigo más peligroso y más grande afectando a las consecuencias de una autoagresividad que puede conducir hasta una muerte voluntaria.

El mismo egoísmo inherente a la sociedad se conecta con el impulso hacia el odio que caracteriza el primer fundamento de ello, es decir, el fratricidio de Abel a manos de Caín. El odio es por tanto un instinto primario y, en cuanto tal, una pasión naturalísima, instintiva, moderada por la educación y transformada en sus variantes por los progresos de la civilización, solapándose incluso en el amor o en la amistad, es decir, en sentimientos positivos. Junto al odio, que impide al hombre la tolerancia de su semejante, se sitúa la envidia: otra pasión negra y esencial; la envidia impregna completamente la vida de las relaciones humanas, asumiendo un carácter gratuito.

Leopardi penetra en las oquedades del alma en el momento en que pone en evidencia las dinámicas de estas pasiones negras y primordiales que se hallan en la base de la construcción social, e identifica en ella una especie de camuflaje, cuando se funden con otros sentimientos positivos. De esta manera, la ambivalencia de los sentimientos fascina al autor, haciéndola mudable y compleja, subrayando que algunas pasiones, como el odio o la envidia, no son temporales, sino, por así decirlo, arquetípicas; mientras que otras mutan a la vez que el cambio de la estructura social, como sucede con el amor. Sin embargo, todas se manifiestan de manera diversa según las etapas de la vida del hombre, en la juventud y en la vejez.

Y es precisamente en relación con esta constatación que se delinea el perfil de otra pasión fundamental, la esperanza. Leopardi la identifica habitualmente uniéndola al temor y de acuerdo con un binomio de ascendencia clásica, un sentimiento inscrito en un tiempo precioso, el de la juventud; porque su esencia se halla en relación con la fuerza del deseo propio de esa edad. La esperanza del joven es una realidad posible que desaparece del horizonte del anciano, cuya pérdida de vigor es proporcional al debilitamiento del deseo, verdadero y único impulsor de la plenitud de la vida.

Leopardi probablemente no logra alejarse del perfil del melancólico cuando afirma que una «gota» de esperanza jamás abandonará al hombre, incluso en el momento de la más negra desesperación: reflejo de esta última, la esperanza se presenta como extremadamente importante para el juego de las pasiones y en conexión profunda con la naturaleza. Más allá del plan de análisis de las pasiones y de los comportamientos humanos, se perfila entonces otro horizonte: el de la vida, indisolublemente unido a la naturaleza, en el que deseo y esperanza no pierden, no obstante, el predominio de la indiferencia y de la desesperación, su profunda esencia, en una extrema defensa de la frialdad de la razón.

**Fabiana Cacciapuoti**